ROMANCE NUEVO

DEL MANIFIESTO CASTIGO QUE HA EXECUtado la Justicia Divina en un Caballero, que por lograr comunicacion lasciva con una Religiosa, con regalos, y dadivas la venció, y yendola á sacar del Convento para lograr su intento, se le aparecieron los Demonios en figura de perros, los que acometiendole, le despedazaron el cuerpo, y el alma llevaron á los Infiernos: Y lo demás que contiene este lastimoso Romance.

EL QUE SACò LA MONJA DEL CONVENTO.



ESTremescanse los Polos,
y en extremos contrapuestos
muevan travadas batallas
todos los quatro Elementos.
Nieguen su luz las Estrellas,
desquadernense los Cielos,
escandalicese el Mundo,
lloren los que en los obscenos
letargos de los pecados
viven tan à sueño suelto.
Escarmentad, pecadores,
en los avisos, que el Cielo

con

con continuas aldavadas
nos anuncia el juicio recto.
Escarmentad en el caso,
que oy á los ojos tenemos,
que si lo considerais,
seguro es el escarmiento.
Escuchenme los lascivos,
sacrilegos, y resueltos;
y escucheme todo el Mundo,
mientras que voy proponiendo
el mas lastimoso caso,
y desastre mas horrendo,
que en las tragedias se ha visto,
ni los Antiguos leyeron.
En una Ciudad famosa,
que adorna de España el Reyno
(cuyo nombre no se dice
por lo que verá el discreto,
y por haver un mandato,
en que se manda el silencio)
de Padres nobles, y ricos,
y de señalados deudos,
nació un Caballero noble,
mejor le fuera por cierto,
que el dia, que salió á luz
fuese el dia de su entierro.
Llegò á ser joven valiente,
gallardo, y muy bien dispuesto;
y de un rico mayorazgo
viendose unico heredero,
se entregó, como otros muchos
á mundanos pasatiempos.
Gastaba liberalmente,
como tenia dinero;
y finalmente, vivia
en tanto grado resuelto,
que como en dicha Ciudad
huviese un sacro Convento
de Monjas, llegó á tomar
amistad en este tiempo
con una Monja, á la qual
sirviò con dañado intento.
Puso los ojos en ella,
porque era hermosa en extremo,
empezó á arder poco á poco
un lento amor en su pecho.
Mas como el fuego se aumenta
si no le ponen remedio;
y éste en lugar de enmendarlo,
añadia leña al fuego;
en tanta manera ardia,
fementido, y deshonesto,
que llegó á darle á entender,
que si ella gusta, su intento
era sacarla de alli,
y llevarla á estraños Reynos,
y vivirian casados
con mucha paz, y sosiego;
pues para eso tenia
gran cantidad de dinero.
La Monja negó al principio
tan sacrilegos intentos,
mostrandose muy esquiva;
mas al fin, dice el proverbio:
Dadivas ablandan peñas:
Y viendo los rendimientos
con que el fementido amante
solicitaba su empleo,
consintió, y prometió audáz
desamparar el Convento.
Determinaron la noche
de mas oportuno tiempo;
y apenas vino la noche,
aqueste mal Caballero
fue á esperarla prevenido;
y reparó, como al tiempo,
que quiso con diligencia
pasar por delante el Templo
del

del Convento, estaba abierta
la puerta; mas sin recelo,
entró á ver la novedad,
y vió como allí en medio
de la Iglesia con gran luto
un tumulo estaba puesto,
y que con funebres cantos
celebraban el entierro,
y exequias, de Religiosos
un numeroso Colegio.
Estrañólo mucho, y dixo
á uno que estaba primero:
Por quién se hacen estas honras?
y el otro dixo al momento:
Por un Caballero son,
y le dixo el nombre mesmo
que él tenia, y admirado,
quedó confuso, advirtiendo
que él era el mismo, por quien
se hacen aquellos obsequios.
Pasó adelante, y pregunta
al segundo, y al tercero,
y le responden lo mismo;
y él entonces conociendo,
que era aviso que le daba
en esta vision el Cielo;
dió de ello cuenta á la Monja,
y entre los dos dispusieron
enmendar su mala vida;
y en fin, se pasó algun tiempo,
en que sirvieron los dos
á Dios con devoto zelo.
Mas como siempre el Demonio
vá maquinando tropiezos,
en que las almas perezcan,
hizo que el tal Caballero
bolviese á hablar á la Monja,
con el titulo, ó pretexto
de conversacion honesta:

Mas como quedó algun fuego
entre las muertas cenizas,
fué menester poco viento,
para que de su firmeza
se arruinasen los cimientos.
Del lascivo amor llevados,
segunda vez dispusieron
atropellar, sin reparo,
tan enorme sacrilegio.
Y una noche, quando sombras
reparte el pardo Morféo,
desterrando el claro Apolo
al Oriental Emisferio,
llegó el sacrilego amante,
puso una escala al Convento.
Aqui mi pluma se turba,
aqui me falta el aliento,
aqui se pasma el discurso,
y en trémulos movimientos,
aun no se atre[illegible]
a escrivir tal sacrilegio.
La lengua torpe se trava
al proferir tal intento,
y en fin, la pluma, y discurso,
mano, corazon, y aliento,
sentidos, potencia, y alma,
la razon, y sentimiento,
cobardes, y vergonzosos,
indecisos, y suspensos
se turban, faltan, y tiemblan,
y entorpecen, conociendo
tan sacrilegas infamias,
tan infames sacrilegios.
Hombre, que es lo que pretendes?
detente, detente cuerdo,
no te precipites loco,
no te desesperes ciego,
no te despeñes altivo,
repara, que ese Convento
es

es de Cristo las delicias,
es de Jesus el recreo.
No profanes, atrevido,
ese Sagrado, advirtiendo,
que en él el Sol no se atreve
á esparcir sus rayos bellos.
No qual Icaro pretendas
remontar en vano el buelo,
no sea, que de Justicia
el Sol castigue tu incendio,
y que tus alas derrita,
y busques tu monumento.
Puso al fin, la escala, è hizo
unas señas, à que luego
à las almenas salió
la Monja, y con gran despejo
quiso baxar; mas miró
como en este mismo tiempo
dos mastines horrorosos,
con [illegible] rrendo,
que de tan solo escucharlos
se le espeluzó el cabello,
se llegaron á su amante,
y entre sus dientes sangrientos
le despedazan, y tiran;
y aunque valiente, y sobérbio,
quiso valerse atrevido,
de pistolas, y de acero,
á la Divina Justicia
no hay resistencia, ni esfuerzo.
Destrozaronle las carnes,
y dividieron su cuerpo,
y el infeliz acabò
rabiando al rigor de aquellos
Ministros que la Justicia
de Dios embió, quienes luego
en cuerpo, y alma al instante
dieron con él al Infierno.
Desaparecen, al fin,
con espanto, y con estruendo.
Cayó la Monja en la tierra
desmayada; pero luego
que bolvió en sì, se partió
á su Celda, proponiendo,
hacer una penitente
vida, supuesto que el Cielo
quiso avisarla propicio,
como al galán justiciero.
Vivió, en fin, en su retiro,
tanta penitencia haciendo,
que causó á todos su vida,
sobre admiracion, exemplo.
Al escarmiento combido
á todos quantos aquesto
han oido, y les encargo
tomen aqui el escarmiento.
Enmiendense los lascivos,
sacrilegos, y sobervios;
sirvales de confusion,
sirvales tambien de exemplo,
y no se fie ninguno
de juventud, ni del tiempo,
porque la flor de los años
se marchita á poco Invierno.
Escarmentèmos, señores,
oy en los casos agenos,
no suceda que mañana
escarmienten en los nuestros.

FIN.

Con lic. En Malaga: En la Imprenta, y Libreria de Don Felix de Casas y Martinez, frente el Sto. Cristo de la Salud, donde se hallarán otros muchos Romances.